



Ramírez, Sergio

El viejo arte de mentir

México: FCE-ITESM, 2004

(Cuadernos de la Cátedra "Alfonso Reyes").

ESTA OBRA ES UN COMPENDIO DE PRÁCTICOS consejos para quienes desean incursionar de manera profesional en el oficio de escritor. Su estrategia arranca con la diferenciación entre realidad real o fáctica y realidad ficticia o imaginaria. En cinco apartados, con sus correspondientes acercamientos teóricos y ejemplos extraídos de una rica y diversa relación de textos literarios, Sergio Ramírez teje y entreteje sus lecciones, tomando como hilo conductor tres categorías fundamentales: la imaginación, la verosimilitud y el lenguaje.

En el primer capítulo, “La imaginación, espejo múltiple de la realidad”, este autor nicaragüense nos conduce a reflexionar que, frente a un universo real, objetivo, es necesaria una acción recreada a través del lenguaje. El escritor de ficciones pone en juego su apreciación subjetiva: experiencias, tradiciones, prejuicios, expectativas y deseos. Pero por muy cercana o lejana que sea su relación con esa realidad, ha de poner en práctica una recreación legítima de los hechos reales. La imaginación, por tanto, debe potenciar, a través del lenguaje, un distanciamiento que posibilite la credibilidad y verosimilitud de los hechos narrados.

La ficción debe referirse a un mundo posible. En este sentido, la obra narrativa ficcional es una metáfora epistemológica de la realidad. Sabemos que hay fronteras imprecisas, entre un universo real y uno ficticio; ambiguas fronteras entre periodismo y novela, entre novela e historia. Y esa frontera se construye con artificios formales. Ése es el trabajo de un escritor. Construir mentiras verda-

deras. De ello habla Ramírez en su segundo capítulo, “La mentira verdadera, el arte de lo verosímil”.

Así, el escritor, para que le crean, tiene que ofrecer pruebas de lo narrado, y el más viejo de los recursos para lograrlo es demostrar su presencia en el lugar de los hechos. Éste es un procedimiento común en la escritura real y en la de ficción. Recordemos que “a través del lenguaje estamos creando una realidad paralela. Es una realidad nueva, que en ningún caso será igual a la que nosotros, como punto de partida, estamos identificando como realidad” (45). Esta nueva realidad estará definida por dos elementos: su transformación en imaginación y el lenguaje a través del cual se opera esa transformación.

En el tercer capítulo, “Reglas para saber mentir y convencer”, Ramírez resalta los procedimientos formales relacionados con la estructura del relato, recordándonos que las pruebas de verosimilitud constituyen un rasero parejo tanto para la escritura de ficción, como para la escritura de realidades, trátese, por ejemplo, de novela o reportaje.

Ramírez insiste en los innumerables recursos del lenguaje para orientar en la generación de impresiones que hagan creíbles los hechos representados en la escritura. También nos previene de que la realidad creada es una paralela, producida por la imaginación y transformada por el lenguaje: “El narrador literario que estima su oficio deberá ser capaz de describir siempre una casa, una calle, un rostro, una figura, como si en el mundo sólo siguiera existiendo la palabra como única forma de comunicar a los demás lo que vemos” (67).

Dentro del terreno de la experiencia individual, Ramírez recuerda su propio quehacer en el cuarto capítulo, “Paisaje personal. La cocina de mis propios libros”. Apunta que la escritura es un asunto de soledad y disciplina, que nace de “la necesidad apremiante de comunicar a otros lo que uno cree extraordinario, digno de ser contado [...]. La necesidad, por lo tanto, hace al escritor” (75). Dicho apartado concluye con una serie de consejos prácticos, pues “antes de atrapar al asesino es necesario atrapar al lector” (102).

“El ángel de la historia (Temas y motivos de la escritura narrativa en América Latina)” es el capítulo final de este compendio. Aquí Sergio Ramírez escritor, historiador, investigador y crítico de la literatura hispanoamericana reconoce una serie de circunstancias que han creado un continente y una literatura con características propias.

Los conquistadores españoles —señala Ramírez— traían en su cabeza otros marcos conceptuales y otros deseos e ilusiones. Su mirada sobre el nuevo continente será, por consiguiente, distorsionada, llena de exageraciones. Mientras

que el mito de los indígenas, de un héroe que regresaba para liberarlos, fue la causa de su derrota al ver aparecer a los conquistadores. Desde entonces, ha sido imposible separar la mentira de la verdad.

De ahí que la construcción de mentiras noveladas es la mejor forma de un conocimiento de la verdad y ésta se realiza sustituyendo las verdades mentirosas de la historiografía oficial con mentiras verdaderas. El trabajo del escritor es comunicar, antes que nada, los asuntos en los que habita la condición humana. (MGPG)